

Acerca del catolicismo español en el siglo XXI: ¿de religión oficial a complemento cultural?

Antonio-Carlos Pereira Menaut

*Universidad de Santiago de Compostela (España)*¹

Según el demoleedor John Gray, el gran hecho político de nuestra época es la desaparición del Cristianismo como visión del mundo unificadora de la cultura (no creo que se aplique al Cristianismo como fe personal; de hecho, los católicos españoles son más sólidos e ilustrados ahora).

Según el diputado español Carlos Aragonés, se ha producido un “desfondamiento católico, [pasando] de polo conservador al mero accidentalismo”. Lo que “antes era la unidad católica, ahora [es] el 78 constitucional”.²

Según Spaemann, si una Iglesia no desafía al mundo, éste acaba dándole la espalda.

Quien se pregunte por el fondo de la actual crisis política y económica española detectará, en primer lugar, una serie de causas políticas –sistema electoral, partitocracia o insuficiente división de poderes; sin olvidar el papel de la Unión Europea, tema importantísimo–, pero, si profundiza, posiblemente termine dando con un cambio antropológico, a cuyo lado los cambios institucionales o legales son importantes, pero menores.

Este ensayo no está escrito desde la Teología, que este firmante ignora, sino desde la deformación profesional de constitucionalista y desde el intento de entender qué pasa hoy en España, simplemente a base de tomar distancia y aplicar el sentido común tradicional entre los labriegos y marineros de Galicia.

¹ De este artículo se publicó una versión anterior en *Nueva Revista de Política, Cultura y Arte*, num. 154 (2015), más reducida y con menos aparato crítico. Doy las gracias a AJH, GD, JC, JLH, MJPS, PS.

² Comunicación personal. El notable consenso generado en torno la Constitución de 1978 fue, probablemente, el mayor de la España contemporánea, sin que le empañe el mérito el hecho de que para ello no hiciera falta mucho.

Como pertenece al género de la conjetura –aunque espero que no infundada–, si usted prefiere, no siga leyendo, pues hay demostraciones al estilo de la ciencia experimental.

Buscando las raíces –decíamos–, hemos dado con la antropología. Y al aparecer ésta, aparece con ella la dimensión religiosa, aunque nuestro punto de partida, el inicio del cuestionamiento haya sido político-constitucional. La pregunta es: ¿qué relación ha habido entre catolicismo español y política desde la llegada de la democracia, en 1975? Mi primero y principal argumento es la adhesión del ‘catolicismo español’ a la España constitucional y democrática; el segundo, su aceptación de la forma *mentis dominante*; el tercero, que ambas adhesiones han sido negativas para el Cristianismo, sin por ello mejorar la deficiente democracia real.

La empresa no es fácil. Juzgar a todo el catolicismo español, de la última parroquia al Cardenal Primado, más los muchos y diversos movimientos y actuaciones, no es posible, ni lo intentaremos siquiera. Aquí trataremos sólo de la relación externa, visible, entre las instituciones católicas más importantes y el mundo político-constitucional. Sin dificultad podrían rastrearse en el catolicismo español muchos datos contrarios a la línea principal que vamos a defender, pero eso no altera esencialmente este juicio, que no es religioso y se efectúa desde fuera. Es claro que desde la sociología o las instituciones constitucionales no se puede juzgar la intrahistoria ni la suprahistoria que la religión, por definición, tiene. No es posible hilar más fino, pero las personas y movimientos buenos –la mayoría– si gozan de poca visibilidad exterior, no modifican el diagnóstico global. Si la COPE³ apoya el capitalismo descomedido y la inhumana política económica de austeridad, la gente cree que el catolicismo los apoya, diga lo que diga la doctrina social de la Iglesia, que la gente corriente no consulta. Si la Conferencia Episcopal dice algo, la gente cree que lo dice la Iglesia, aunque las conferencias episcopales no sean vaticanas nacionales sino eso, conferencias de obispos, que son los realmente importantes.⁴

A fines del 2014, la retirada por el gobierno del Partido Popular⁵ de la ley que iba a restringir un poco el aborto, dejó a buena parte del catolicismo espa-

³ COPE: importante cadena de emisoras cuyos principales accionistas son la Conferencia Episcopal y las diócesis. Nacida para dar información religiosa, hoy es una radio generalista bastante politizada; centralista, favorable al Partido Popular y al capitalismo; todo ello con escasa moderación. La gente la considera la emisora católica. Uno se pregunta si realmente debería existir una emisora comercial episcopal, pero ésa es otra cuestión.

⁴ Entiendo que “catolicismo español” es una expresión desafortunada, tanto por tratarse de una religión universal, como porque aquí nos limitamos a las posturas públicas dominantes y más visibles, que están lejos de ser las de todos los católicos, pero no conozco otra expresión menos mala.

⁵ Partido Popular, de centro derecha, en el gobierno desde 2011. Después de prometer ruidosamente una política pro-vida, al llegar al gobierno siguió la contraria (curiosamente, hizo lo mismo en política fiscal). Sus medidas anticrisis también son de dudosa moralidad.

ñol, como 'noqueada' e incapaz de reacción. No se trataba del más que discutible comportamiento de ese Gobierno; sino de que, tras tantos años de cultivar ciertos sectores católicos influyentes, sobre todo de Madrid, el 'indisoluble matrimonio' Catolicismo-España, resulta que por parte de ésta no había tal. Y no se trata sólo un gobierno y un partido sino de un Estado que hace aguas moralmente por todas partes, incluyendo sus altas magistraturas. Y no sólo se trata del Estado, sino de España como país, cuya sociedad no parece muy preocupada por las vidas humanas en juego y ya no refleja una mentalidad muy católica. Quizá España no dejara de ser católica cuando Azaña⁶ lo decía, sino ahora. Y el Partido Popular post-Fraga⁷ cada día aparece más como un defensor de un inmoderado capitalismo financiero, duras condiciones laborales, autoritarismo político, nueva vuelta de tuerca al código penal –de garantista pasa a punitivo–, como ya es habitual en España, nuevas libertades relacionadas con el sexo.

Retrocedamos unas décadas. En 1986, en una universidad luterana norteamericana, un conferenciante sostenía que "el cristianismo debía terminar su matrimonio con América", cosa sorprendente para los españoles, que suponían que eso podía suceder sólo en España. En realidad, la supuesta unión Catolicismo-España se había deteriorado hacia 1965 (aproximadamente), forjándose entre 1975 (fallecimiento de Franco) y 1978 (nueva Constitución) una nueva unión, que tuvo tres efectos. Primero, ese 'matrimonio' (quizá no del todo cierto, pero percibido) con España, que explica el claro centralismo de muchos obispos y sacerdotes, notablemente mayor que la media (aunque con conocidas excepciones); segundo, el 'matrimonio' con el estado democrático, que explica el respaldo a la monarquía, a la Constitución, a la ley civil; pero como estos estados son 'iglesias *light* sustitutorias' (ejemplo, Suecia), el respaldo (o la insuficiente crítica) puede ser entendido como respaldo también a su antropología y su *weltanschauung*. Tercero, la existencia de la Conferencia Episcopal: por primera vez en la historia el territorio español coincide con una estructura eclesial operativa, permanente, con funcionarios y departamentos. Antes, los centros del catolicismo español eran varios, dispersos e históricos: Toledo, Santiago, Covadonga, Zaragoza; ahora uno y político: Madrid. A menos que la Conferencia Episcopal se limite a ser lo que literalmente quiere decir 'conferencia', siempre correrá el riesgo de preterir a las diócesis y de favorecer un indebido uniformismo coincidente con las lindes de la comunidad política, a la cual indirectamente podría reforzar, aunque no fuera ésa su finalidad.

⁶ Manuel Azaña (1880-1940), presidente de la efímera Segunda República Española (1931-1936), anticlerical y poco enérgico con las quemaduras de iglesias y homicidios de religiosos. Murió en el exilio, en Francia, recibiendo los últimos sacramentos.

⁷ Manuel Fraga Iribarne (1922-2012), catedrático de Teoría del Estado, ministro de Franco (1962-1969) y uno de los padres de la Constitución de 1978. Fue líder de la oposición y después presidente del gobierno autónomo de Galicia (1990-2005). Era políticamente ambicioso y autoritario, pero con visión amplia, sentido del deber y del servicio, cristiano y sin ambición de enriquecimiento personal. Sus sucesores puntúan notablemente más bajo.

En la realidad, todo abrazo a un estado es, cuando menos, arriesgado. A causa de la soberanía, la *plenitudo potestatis* y la competencia universal del estado, éste –democrático o no– será siempre al menos un competidor de la Iglesia; si no, véase la famosísima portada del hobbesiano *Leviatán* de 1651. Incluso Felipe II, piadoso pero al fin jefe de un estado, tenía disputas de jurisdicción con el Papa. Adherirse al Estado será siempre abrazar al oso, adherirse a lo que conviene al rival, pues no por ser español deja de ser rival. Ello no tiene mucho sentido hoy en Europa, pues estos ex-Estados –no mucho más que protectorados de la UE–, como sólo pueden gobernar lo personal y lo cultural *lato sensu*, todavía chocarán más con las iglesias, que por definición no pueden ignorar esos campos. El acrítico y doble abrazo al estado, tanto por ser *perfecta societas* como por ser democrático, olvida que no es sociedad (es una organización) ni es perfecta, y olvida la realidad de la democracia española: corrupción, partitocracia, escasa división del poder, poca sumisión al derecho y decrecientes libertades políticas, y así, a base de ‘verdades oficiales’ sin aparato crítico, entonamos las alabanzas de la Constitución española. Al ensalzar como ‘democracia’ a esta apariencia de tal, el catolicismo laudatorio le otorga un plus de legitimidad, mientras que limita su propia capacidad de criticar. No importa que a este Estado le falte poco para el *magnum latrocinium* agustiniano y que siga sistemáticamente políticas poco humanas y menos cristianas. Uno escucha la COPE, como tanta gente, sobre todo cristiana, y no deduce que la democracia española sea lo menos malo (Churchill), sino una Atenas de Pericles y faro para toda Latinoamérica. Nótese el contraste: mientras que no pocos católicos españoles, necesariamente con poca historia democrática a sus espaldas, dicen que la democracia (se entiende que incluye la española) es “un *ethos* de paz, justicia y libertad”,⁸ los demócratas con tradición nunca han ocultado sus insuficiencias. Joseph Weiler dice que una democracia de personas viles será vil;⁹ aunque –añadamos– en ese caso no será por su democracia sino por su vileza. Al hacer suya esa narrativa conformista-laudatoria, el catolicismo español ya sólo declara inmorales algunas cosas concretas, como el aborto; no cuestiona seriamente las políticas que el Papa Francisco llama del ‘descarte’, o el pretendido deber moral de pagar los injustos impuestos, y se escandaliza si Mons. Reig Plà llama “estructura de pecado” a los grandes partidos políticos.¹⁰

⁸ Así, Francisco SANTAMARÍA, *¿Un mundo sin Dios?*, Madrid, 2012, p. 55, haciendo suya una cita de Rohnheimer.

⁹ Joseph H. H. WEILER, *Una Europa Cristiana*, Madrid, 2003, 144: “una democracia, después de todo, es tan buena o tan mala como la gente que pertenece a ella”. Ciertamente que no puede producir bondad personal allí donde no la hay, pero considerada como forma de gobierno, seguramente siempre será menos mala que otras.

¹⁰ Mons. Reig Plà, obispo de Alcalá, hizo esta declaración a la prensa en septiembre de 2014. La expresión no es nueva; en la *Evangelium Vitae*, núm. 12, Juan Pablo II hablaba de “estructura de pecado” y “cultura de la muerte”.

Sin duda será deformación profesional de jurista, pero la redonda y feliz frase ‘un *ethos* de paz, justicia y libertad’ me suena como los romanos oponiendo su Imperio a los bárbaros, o como las ‘repúblicas bien concertadas’ del Siglo de Oro.¹¹ Yo me imagino a Locke, Montesquieu o los *Founding Fathers* describiendo la democracia en términos bien modestos y realistas. *Wishful thinking* por *wishful thinking*, prefiero el lincolniano ‘gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo’, pues el *ethos* de paz, justicia y libertad no garantiza mucho gobierno del pueblo.

Santamaría (54-55, 88-89, *passim*) ensalza la democracia y refuta a los católicos “demoescépticos” y nostálgicos de la dictadura. Y con razón, pero sólo en parte, pues hoy no hay democracia con *In God we Trust* sino postdemocracia con *In Gold we Trust*. ¿Y los nostálgicos de la dictadura? Aparte de que *caeteris paribus* la dictadura sea moralmente inferior a la democracia, hacen mal en culpar a ésta de los males actuales de España, porque aquí nunca hubo mucha. ¿Quieren una dictadura? Ya la tenemos, pero del tipo de despotismo que hay que temer en las democracias, ya previsto por Tocqueville en la década de 1830. En efecto, el dictador de hoy no será un viejo militar golpista, pero de fondo cristiano y iusnaturalista, sino más bien la Troika¹², la partitocracia, un ministro de hacienda esgrimiendo el artículo 135 de la Constitución¹³, el funcionariado europeo, los artículos 32-37 del MEDE¹⁴, o un Memorandum de Entendimiento como firmaron Grecia y Portugal.

¹¹ Para algunos, la democracia no es sólo una forma de gobierno sino una mentalidad y una forma de vida, caracterizada por el rechazo de toda formalidad y jerarquía y la negación de la *auctoritas*, incluso allí donde por definición no puede haber igualdad, como la educación, la familia o la Iglesia. Ver Kenneth MINOGUE, *The Servile Mind*, NY, 2010, 51 ss. Pero la experiencia muestra que el antiautoritarismo en la escuela o la familia puede coexistir con escaso o nulo gobierno del pueblo, escasa división de poderes, o escasos derechos propiamente constitucionales (así, España hoy), democratizándose todo excepto lo que debería democratizarse: los impuestos, el Estado, la Unión Europea y, en general, la política.

¹² Uno de los instrumentos para la gestión de la crisis europea, denominado así por estar formado por la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional. En los países como Grecia y Portugal es muy impopular. Debe notarse que el derecho comunitario europeo no prevé su existencia.

¹³ El nuevo artículo 135 de la Constitución Española fue aprobado sorpresivamente y sin referendun durante las vacaciones de verano en 2011. Incorpora el llamado ‘*debt brake*’ o también ‘*golden rule*’, ahora corriente en muchos estados europeos. Garantiza el pago de la deuda a los acreedores extranjeros por encima de todo y obliga a todas las administraciones públicas a la estabilidad presupuestaria. Las demás constituciones de los estados miembros de la Zona Euro tienen disposiciones comparables, si bien la española descuella por su radicalidad (*cf.* arts. 109 de la Constitución alemana; 97 y 119 de la italiana, etc.).

¹⁴ El Mecanismo Europeo de Estabilidad es uno de los organismos creados en Europa para responder a la crisis. Los artículos 32-37 de su Tratado Constitutivo (2012) colocan a sus órganos rectores por encima del derecho y consagran su irresponsabilidad frente a los jueces y a los parlamentos. Sus oficinas no pueden ser registradas por orden judicial y no se some-

En nuestra vida real, ¿qué queda de la ética de los católicos? Atendiendo a lo que ve desde fuera el hombre de la calle, parece ir quedando lo que el PP todavía permite, o no persigue (enseñanza diferenciada), y va reduciéndose según se reduce lo anterior (así, cuando el PP abraza la ideología de género). Sumando la fuerza normativa de lo fáctico, la tibia crítica, y el jugar en campo contrario, es como si acabáramos asumiendo toda esa inmoralidad autoritaria como asumimos la lluvia en Galicia. Ante la tiranía del dinero, la dura reforma laboral, o un desempleo que ‘clama a los Cielos’,¹⁵ las enseñanzas de Juan Pablo II o Francisco se reflejan poco en estos católicos. En España, uno puede pasar un año escuchando homilías dominicales sin que le planteen grandes cuestiones – el bien, el mal, salvación, condenación, sentido de la vida– ni grandes respuestas, cosa que en el Islam –por ejemplo– no sucede.

Es difícil que el catolicismo español publicite una ética porque no publicita una antropología. La que subyace a la emblemática COPE es aproximadamente la antropología hispano-legalista-postmoderna-consumista de cualquier medio, aunque de cuando en cuando con noticias católicas, que quedan como interpolaciones. El oyente recibe más mensajes de apoyo a la unidad de España, la Constitución, el capitalismo (indirectamente) y el gobierno del PP, que mensajes esperables de una emisora católica.

Una nueva antropología

En 1965, tras el Concilio Vaticano II,¹⁶ Pablo VI pronunció una declaración de reconciliación y afecto hacia el mundo moderno; aunque con muchos matices que los superficiales ignoraron (poco después, en 1968, en la *Humanae Vitae*, párrafo 17 ss., haría unas muy serias advertencias).

ten al derecho del país donde estén radicadas. Sus bienes son inembargables. El Reino Unido no ha ratificado el Tratado del MEDE.

¹⁵ La expresión ‘clamar a los Cielos’ está en la *Epístola* de Santiago el Menor, cap. 5.4. La usa también John Locke (“*appeal to Heaven*”) y después la tomaron los independentistas norteamericanos. También León XIII, en la *Rerum Novarum* (1891) rechaza las injusticias sociales que claman a los Cielos. En español coloquial se usó hasta hace poco para designar algo particularmente intolerable.

¹⁶ Alocución de 7 de diciembre de 1965, al terminar el Concilio Vaticano II; accesible en internet; ver esp. párrafo 12. Como no todas las versiones coinciden, ofrecemos la inglesa: “Secular humanism, revealing itself in its horrible anti-clerical reality has, in a certain sense, defied the Council [Vatican II]. The religion of the God who became man has met the religion (for such it is) of man who makes himself God. And what happened? Was there a clash, a battle, a condemnation? There could have been, but there was none. The old story of the Samaritan has been the model of the spirituality of the Council. A feeling of boundless sympathy has permeated the whole of it. [...] We call upon those who term themselves modern humanists, and who have renounced the transcendent value of the highest realities, to give the Council credit at least for one quality and to recognize our own new type of humanism: we, too, in fact, we more than any others, honor mankind.”

Nuestro problema es que aquel mundo, el moderno, no es el nuestro, postmoderno. Ya no hay humanismo sino posthumanismo; no democracia, sino postdemocracia; no capitalismo industrial (ni, menos todavía, economía social de mercado), sino capitalismo financiero. En España, aquella aceptación más o menos genérica del mundo moderno, la democracia liberal y otros aspectos colaterales, parece mantenerse, pero tras cambiar el mundo, ahora beneficia al destinatario equivocado. ¿Ha cambiado mucho el mundo? Basta comparar el cine de 2015 con el de 1965. En Occidente, mucha gente eran *regular church goers*; los Diez Mandamientos y la antropología cristiana básica eran lo normal. No había “crisofobia” como señala Weiler, ni en el Partido Comunista italiano, y la existencia de un gran crucifijo en el Senado bávaro no era noticia. Taylor dice en varios lugares de su monumental *Secular Age* algo similar: que la gran descristianización no tuvo lugar sino a partir de esos años.¹⁷ Los matrimonios estables no eran una rareza, ningún país admitía el aborto, las sociedades civiles eran más independientes, la vida personal estaba mucho menos regulada, había más libertad política. Y así sucesivamente. Si eso es así, ser tan deferente con el sistema político-económico-antropológico español de hoy como Pablo VI con el mundo de 1965, es como esperar de la película *Cincuenta sombras de Grey*, los valores morales de *Ben Hur*, en la versión de Charlton Heston; o como suponer en la CEDAW la misma carga iusnaturalista que tenía la Declaración Universal de 1948. El artículo 5 de esa Convención ordena a los estados modificar los patrones culturales de conducta para suprimir las costumbres basadas en los roles masculino y femenino y eliminar toda discriminación contra la mujer (justa o no, no se aclara debidamente¹⁸). Pero es claro que nadie puede eliminar toda discriminación, ni toda injusticia, ni todo dolor de cabeza, sin incurrir en totalitarismo, que viene de ‘todo’. Una vez más, perfeccionismo y totalitarismo muestran su relación.

Sea ello como fuere, parte del catolicismo ‘oficial’ español ha ‘comprado’ la cosmovisión de “Los Que Mandan” (como diría el sociólogo argentino José Luis de Imaz): consumismo, neocapitalismo, democracia aparente, corrección política. Es un modelo que aplica el mercado libre a lo humano, pero coexistiendo con la regulación exhaustiva de nuestras vidas, y que se caracteriza, aproximadamente por: primacía del *self-fulfilment* individual, *choice* (optar en todo y siempre, con sus secuelas de no compromiso y reversibilidad permanente), consumismo (decía Álvaro d’Ors que el comunismo producía mártires; el consumismo, apóstatas), regulación y control estatales de todo, incluso lo personal.

¹⁷ Charles TAYLOR, *A Secular Age*. Harvard Univesrity Press, 2007. En una similar línea –que el acuerdo fundamental occidental de base cristiana duró hasta los sesenta–, ver, entre otros, Janne H. MATLÄRY, *When Might becomes Human Right*. Leominster, 2007, pp. 20-21

¹⁸ *Convention on the Elimination of All Forms of Discrimination against Women*, 1979, art. 5, esp. párr. a.

En realidad, tanta aparente libertad se limita a no mucho más que sexo, consumo o vacaciones. No es democrática y no se aplica a los impuestos, a la política, a la austeridad económica, a la ley (que ahora 'es para cumplirla', simplemente; se acabó el tradicional 'se acata pero no se cumple'), o a las relaciones laborales. Nuestras vidas nunca han estado tan controladas. Para un cristiano, educar a sus hijos en su fe era más fácil en el Imperio Otomano que hoy en Europa, como han comprobado quienes han sufrido multas o prisión por enseñar que el matrimonio es heterosexual.¹⁹ Si no nos saltan las alarmas ante un dato así –que esa libertad es menor en la modélica Suecia que en el Imperio Otomano–, es que nuestra mentalidad no es tan liberal y constitucional como presumimos.

Consumismo, autorrealización y opción permanente, pueden tener también algo positivo, pero para la familia u otros compromisos serios, son negativos. Según el mencionado John Gray, la moderna cultura británica del matrimonio está permeada por "ideals of choice and self-fulfilment"²⁰; es inevitable, entonces, preguntarse para qué casarse. Por eso disuelven también la 'amistad social', que hace de las personas una sociedad y no un conglomerado accidental, como las patatas, que si están en un saco forman un saco de patatas. De la misma manera que la economía de mercado puede ser aceptable pero una sociedad de mercado no;²¹ el individualismo, que tiene su cara buena, si invade todo, amortigua los vínculos sociales. Y al final, la combinación de máximo estatismo regulatorio con máximo individualismo, deja indefenso al individuo. Eso, por cierto, parece ser lo que se ha buscado en los países nórdicos: que nadie dependa de nadie, ni los hijos de los padres, ni los padres de los hijos; todos tenderá a ser como átomos y dependerán del Estado.²²

Otros rasgos de este 'sistema operativo cultural' son:

- a) la pérdida del conocimiento por analogía y del sentido común, que produce empobrecimiento personal,²³

¹⁹ Ha habido repetidos casos. Uno de los más famosos fue el del pastor protestante sueco Ake Green, que fue encarcelado en aplicación de la ley sueca contra el *hate speech*, si bien recurrió la sentencia con éxito (2005). O véase el documento *Standards for Sexuality Education in Europe*, de la oficina europea de la OMS (ed. del BZgA alemán, Colonia, 2010; accesible en internet).

²⁰ *Enlightenment's Wake*, 2007, 167. La cita de Gray con que se inicia este ensayo está en la p. 170.

²¹ Michael J. SANDEL, *Lo que el dinero no puede comprar*, Barcelona, 2013. Su argumento es éste: una *economía* de mercado es una cosa buena, una *sociedad* de mercado, mala, con muchos ejemplos.

²² Ver Henrik BERGGREN y Lars TRÄGARDH, "Social Trust and Radical Individualism", en *The Nordic Way*. Davos, 2011.

²³ Sobre los demoledores efectos de esa doble pérdida, ver el agudo (y atípico) libro de Teresa PEREIRA ROMERO, *Con Dios al Contraataque*. Oviedo, 2011, pp. 127 ss. Explica también la progresiva pérdida de sentido del arte y la arquitectura a través de la historia reciente. Como sabemos los juristas, la pérdida del sentido común es muy negativa para el derecho (muchos conceptos eran de sentido común: *bonus paterfamilias*, *reasonable man*, etc.) y para la democra-

- b) la inmadurez e irresponsabilidad (aunque no para la Agencia Tributaria, que no nos disculpa nada); nuestro catolicismo acepta del misántropo estado policía-niñera el hombre desvalido y solitario y por tanto no confía en su libertad ni capacidad de comprometerse, pues no se le puede exigir mucho;
- c) reducción de los problemas morales a psicológicos y de éstos a biológicos, en lo cual colabora el cientificismo biologicista y la general des-moralización de la vida (esto es, que mi vida y comportamientos son cada vez menos enjuiciables moralmente);²⁴
- d) el tratamiento terapéutico de toda desviación de lo marcado por expertos y funcionarios, a menudo *tranzis* (burócratas transnacionales); la obsesión por la salud y la seguridad;
- e) la razón cede el paso a la emoción y al sentimentalismo (pero efímeros; escasean las creencias y sentimientos estables);
- f) utilitarismo, aun a riesgo de promover una ‘cultura del descarte’;
- g) al escasear las relaciones interpersonales fuertes, tipo *Alma, Corazón y Vida*,²⁵ se vuelve difícil hacer amigos, pues esas relaciones son fruto de compartir experiencias serias e incluso riesgos, que en nuestras reguladas vidas no se dan, y si se dieran, la asistencia social aplicaría el correspondiente protocolo y nos enviaría un psicólogo;
- h) aceptación de lo que digan el mercado, los *tranzis*, economistas y expertos;
- i) aceptación de una normativa racional y procedimentalista que seca todo lo que no encaja en los neutros tecnicismos de los burócratas, desde la religiosidad al folklore.

¿Qué confesión religiosa en su sano juicio estará cómoda en una narrativa sin lugar para el ser, para el conocimiento por analogía, las virtudes personales, los sentimientos humanos o las mínimas visiones religiosas socialmente compartidas? ¿Qué religión ‘comprará’ una cosmovisión sin lugar para la religiosidad humana básica? ¿O una praxis en la que nuestras actitudes estén reguladas

cia, pues quien ha perdido el sentido común y el conocimiento por analogía pierde mucha capacidad de pensar por sí mismo (la democracia no presupone científicos, pero sí hombres razonables que deliberan, critican y votan). Y es especialmente perturbadora para el intérprete de la ley, pues pierde la capacidad de sopesar la proporción e importancia de las normas. Se ve con particular claridad en España, pues en la práctica —‘la ley es la ley, y es para cumplirla’, advertíamos— la gente acaba prestando, a normas administrativas de escaso nivel, el respeto debido a la Constitución o el Código Civil.

²⁴ Argumentando brillantemente en contra, desde un punto de vista genéricamente kantiano, Angus KENNEDY, “The Vital Importance of Being Moral”, *Spiked*, 25-IV-2014.

²⁵ Vals peruano compuesto en 1949 y muy famoso en España hasta hace poco tiempo, que trata de pasiones radicales y entregas totales.

por burócratas armados con implacables normativas transversales sobre salud, seguridad o supresión de toda discriminación, incluso justa (aunque florezcan las injustas)? Una cosmovisión que “des-encanta” (como decía Max Weber a propósito de la ciencia moderna²⁶) hasta las puestas de sol, quita el sentido al arte y a la arquitectura, e inhibe todo movimiento popular políticamente incorrecto, ¿favorecerá la religiosidad meramente natural? Puede decirse que no, y por lo mismo, tampoco favorecerá la democracia o la libertad política. Un esquema de vida que produce competidores en vez de compañeros de curso, producirá compañeros del alma?²⁷ ¿A qué religión convendrá un discurso que reduce lo bello, lo bueno y lo verdadero al status de una preferencia de consumo? Tal hostilidad hacia lo religioso (y, al final, quizá también a lo humano), no se la encontró el cristianismo en Grecia ni Roma.

Con un discurso de “descarte” y máximo economicismo, más preocupado por la deuda griega que por las interminables muertes en el Mediterráneo, el abrazo y la reconciliación estilo Pablo VI en 1965 no serán ahora igual de fáciles. A quien normaliza los tres padres por hijo,²⁸ los vientres de alquiler, el empobrecimiento masivo y el control total de nuestras vidas, no parece prudente aceptarle su narrativa, no sea que de repente nos veamos dentro de su entorno informático. No se trata sólo de catolicismo, sino de líneas rojas constitucionales (y simplemente humanas), que han sido repetidamente traspasadas por los impuestos, la nueva censura, la irresponsabilidad del gobernante, o los recortes a las libertades políticas, inversamente proporcionales al aumento de las sexuales.

Curiosamente, la aceptación por los perjudicados de un guion adverso a ellos mismo, no es nueva. Hace décadas que el socialismo aceptó el consumismo y el hipersexualismo que disuelven lo social y comenzó a defender como si fueran causas socialistas muchas medidas en el fondo antisociales, que a la larga segarían la hierba bajo sus propios pies. Dejó de luchar en serio por la solidaridad económica y social para luchar muy en serio por un individualismo disolvente y un relativismo moral, en los que su enemigo, el capitalismo, está como pez en el agua.

Aquí procede aclarar que, cambiado o no, este mundo sigue siendo básicamente bueno, y nadie niega la bondad y belleza de la fachada del Obradoiro, las torres de los *colleges* rasgando la niebla otoñal oxoniense, la humanidad de los latinoamericanos... Pero de ahí a aceptar su actual formato antropológico, va un trecho. Para empezar, más que ‘suyo’, del mundo, es de Los Que Mandan en el mundo; o sea, personas y grupos básicamente anglosajones y del centro-norte de Europa que gobiernan los medios, los recursos y las grandes instituciones políticas. No es una antropología natural que haya salido espontáneamente de

²⁶ “La Ciencia como vocación”, en *el Político y el Científico*, Madrid, 1972, 180-231.

²⁷ Alusión a la *Elegía a la muerte de Ramón Sijé*, de Miguel Hernández (1910-1942).

²⁸ Los tres padres biológicos por hijo han sido legalizados en el Reino Unido en 2015.

la gente, de *We, the People*. Más literalmente: no estamos ante el formato cultural y antropológico que los diversos pueblos y culturas, dejadas a su libre dinámica, habrían producido espontáneamente (suponiendo que hubieran producido sólo uno). La postura aquí defendida es favorable al mundo y al hombre; no lo son, en cambio, las contrarias, como el posthumanismo. Nadie negará que, como ha señalado Dalmacio Negro,²⁹ las *bioideologías* no son altruistas, ni de origen popular, como tampoco lo son muchas de las libertades sexuales, o las actuales políticas económicas, si bien el tiempo y la imposición por la vía de la corrección política pueden hacerlas populares (véase el deliberado cambio de patrones culturales mencionado en el citado artículo 5 de la CEDAW).

Lenguajes, narrativas, obligaciones

Al lenguaje culturalmente correcto, como de ONG filantrópico-constitucionalista, el catolicismo español suma el no segregar arte o simbología propios.

Para la gran mayoría, que ve las cosas sólo desde fuera, la Conferencia Episcopal, aunque en principio no fuera más que una conferencia, hoy casi forma parte del paisaje de poderes públicos, parece un Vaticano bis, seca las fuentes locales, opaca a los obispos, y evoca —permítanme ahora exagerar— una iglesia nacional y un tanto centralista.³⁰ En breve: es como si el llamado nacional-catolicismo hubiera dejado paso a una especie de catolicismo nacional-constitucional centrado básicamente en Madrid. Para poner ejemplos sólo de mi entorno; véanse los carteles de una función religiosa en la Catedral compostelana, o de la Patrona de los *mariñeiros*, impresos en Madrid, a cientos de kilómetros del mar, y con el logo de la Conferencia Episcopal (uno se pregunta si eso favorecerá la supervivencia de la religiosidad popular, tan apreciada por el Papa Francisco). Nadie en España desconocía a Mons. Rouco,³¹ pero muchos católicos desconocen a su obispo; algo así como si un profesor universitario conociera al presidente de la Conferencia de Rectores pero no al rector de su

²⁹ *El Mito del Hombre Nuevo*, Madrid, 2009, 251-259. En el sentido tradicional de la palabra, es discutible que verdaderamente sea una 'ideología' política: no son una continuación de las ideologías anteriores y no versan sobre la *polis* sino sobre el hombre y la "nuda vida". Los que ven a la ideología de género como el marxismo o el socialismo de nuestros días están equivocados; basta constatar la buena acogida que le dispensa el capitalismo rampante. Tras una década de ideología de género, el poder y la riqueza, en vez de redistribuirse, se han concentrado; en vez de estar más cerca de la democracia estamos más lejos.

³⁰ Así, la Instrucción Pastoral de la Conferencia Episcopal Española "Valoración moral del terrorismo en España, de sus causas y de sus consecuencias" (noviembre 2002), era abiertamente desfavorable a los nacionalismos periféricos e indirectamente favorable al nacionalismo español.

³¹ El cardenal Antonio María Rouco Varela, ilustre teólogo y canonista, doctor por la Universidad de Munich, fue presidente de la Conferencia Episcopal Española (1999-2005 y 2008-2014) y arzobispo de Madrid (1999 a 2014).

universidad. Unas hojitas repartidas mensualmente en las iglesias piden por las intenciones de la Conferencia Episcopal (que propiamente no tiene, pues toda intención es personal) pero no por las del obispo, aunque viva al lado.³²

Al no segregar una cultura y narrativa propias, ni publicitar mucho sus aspectos revelados y trascendentes, este catolicismo termina haciendo suya por defecto la cosmovisión políticamente correcta. No pocas universidades católicas dejan las artes liberales y el humanismo (y, con ello, el logos, la libertad y el enriquecimiento personal) y abrazan la cacofónica 'empleabilidad' y el economicismo, como las demás. La música eclesiástica de ahora es como la otra, sólo que de inferior nivel. Tenía razón Juan Pablo II: una fe que no se hace cultura es una fe no enteramente vivida. Y al no hablar lenguaje católico de fondo, hablaremos de cosas buenas pero no propiamente religiosas, como valores, solidaridad (más que caridad, aunque los católicos la practiquen, especialmente en la crisis), respetar la ley positiva y los gobernantes, 'derechos fundamentales'... Esto se aprecia mejor en algunos portavoces de organismos eclesiásticos, pues a menudo son periodistas, pero también se ve rezar "por los derechos fundamentales" en las misas como si en los derechos de 2015 no hubiera que separar el grano de la paja, la libertad de culto de la libertad de maternidad subrogada, los derechos políticos de los reproductivos; como si el acuerdo fundamental sobre 'derecho' y 'humano' de 1776 ("We hold these truths to be self-evident..."), o incluso el de 1948 (Declaración Universal), siguiera vivo hoy. Y como la persona media no tiene que ponerse a deslindar concepciones de los derechos fundamentales, el efecto es desarmarnos moralmente ante cualquier pretensión presentada bajo ese rótulo, aunque lo reivindicado sea el derecho a la transversalidad de género.

Síntoma claro: mientras este catolicismo no genera obligaciones para el Estado (justicia, protección del débil, respetar la libertad religiosa), éste las genera, incluso de conciencia, para los católicos, casi en la línea de una religión civil o iglesia nacional. Lo que el Estado etiqueta como 'malo', este nuestro catolicismo auto-desactivado lo recibe como tal (incluida la consiguiente obligación moral), incluso en cosas menores y discutibles: resistir a las normas administrativas, superar 120 kph., insultar a la policía, fumar, pagar los injustos impuestos, quizá pronto la obesidad, y, huelga decirlo, la autodeterminación territorial, contra la que cargan algunos obispos como si fuera el cisma de Oriente. Y así, al cerrar filas en cuestiones opinables en torno a un ex-estado con vocación de iglesia light, el catolicismo español habría hecho un dudoso negocio. Parafraseando a Spaemann, España (o una no despreciable parte de ella) le daría la espalda.

Evocando las religiones nacionales protestantes, algunos eclesiásticos que respaldan la obligación moral de la ley civil (generalmente no leyes, sino meras

³² Reconozco desconocer por completo el funcionamiento de un organismo complejo como la Conferencia Episcopal, y no quisiera tomar las opiniones de parte de sus miembros por el todo; por ello insisto en ver las cosas como se pueden ver desde la calle.

normas o decisiones administrativas, hasta ahora consideradas poco relevantes moralmente, incluso bajo el Franquismo), tratan las leyes y dogmas de la Iglesia con cierta ligereza. Hay cristianos honrados que se cuestionan si hay obligación moral de pagar las multas de tráfico pero no si está justificado no tener hijos (resultado: los cristianos españoles tienen aproximadamente tan pocos hijos como los demás). La cuestión de fondo es anti-intuitiva, pues más lógico es sentirse obligado por lo que resulta de una adhesión íntima y relacionada con mi eterna salvación o condenación, que por una organización (el estado) que pertenece al fuero externo, no trae su autoridad de Dios, y, ni aunque fuera constitucional y democrático (y no será fácil), nunca sería 'mío' en sentido profundo. No faltan hoy clérigos y obispos que sostienen públicamente posturas de dudosa ortodoxia católica; pero si alguien infiere que deben de ser revolucionarios políticos, como hace cuarenta años, se equivoca. Frente a normas eclesiásticas, en principio, libre examen; frente al estado, en principio, obediencia; por eso al final los católicos se distinguen poco del resto. He ahí un hito histórico: el secular contrapeso ejercido por la Iglesia sólo por existir, mantener su faro encendido y publicitar su propia visión, ha disminuido en España, con un efecto parecido (aunque mucho menor) al de la reforma protestante en los estados norte- y centroeuropeos: controlar sus iglesias nacionales y marcar el *ethos* social.

Algunos eclesiásticos dan apreciable fuerza moral a instituciones del Estado a las que éste apenas da. Hay sacerdotes que dan al matrimonio civil un peso que el Estado, tras reducirlo a trivial pacto de afecto entre cualesquiera adultos, hoy le niega.³³ Ese respaldo moral a lo que quiere el Estado, respaldando menos las obligaciones propias, llega al máximo en la indisolubilidad de España, más defendida que la del matrimonio (contrástese con el respeto del catolicismo británico ante el independentismo escocés). Se suman, así, a la tendencia a dar más peso a las relaciones lejanas o institucionales (mi obligación con el Estado y todos los españoles en abstracto) que a las interpersonales o 'prójimas' (mi obligación con la tierra que piso, las tumbas de mis padres y la gente que me rodea); una visión en el fondo menos cristiana.

Paralelismos

Lo que estamos comentando – instalarnos en la lógica y reglas de juego del rival – no es un caso aislado. Así, la universidad pública española cambia hasta su lenguaje y acepta el de sus 'enemigos' (empleabilidad, competencias, habilidades; supresión de asignaturas formativas). En un tablón de anuncios de

³³ Es un error del estado no mantener un matrimonio civil heterosexual mínimamente sólido; salvo que no le importen mucho sus familias. Pero lo último no se puede descartar; así sucede en la ideología de género, o en el informe sueco antes citado, aunque dice de la familia que sigue conservando alguna importancia.

cualquier facultad, por cada actividad intelectual, hay tres sobre violencia de género, cinco sobre danza del vientre y diez sobre prácticas en empresas, quizá subvencionadas por alguna institución financiera. Ésta es la primera generación, en siglos, que terminará sus estudios sabiendo casi nada de cultura clásica y cristianismo, hasta ahora puntales de la *paideia* occidental. La *Divina Comedia* o la Escuela de Atenas serán pronto no mucho más que una contracultura, pero todos, incluso los desempleados, sabrán inglés e informática.

La Ilustración — otro notorio ejemplo — está también pasando lentamente, aunque en este caso sea con todos los honores. Ya el desequilibrado pero agudo Nietzsche vio la Ilustración como un Cristianismo secularizado al que no auguraba mejor fortuna.

Un tercer ejemplo, que ya ha aparecido aquí, sería el Socialismo, y tanto en teoría como en la práctica (véanse las elecciones británicas de 2015). Hoy hay pocos movimientos sociales. En España, las manifestaciones y huelgas molestaban al poder más al final del franquismo que hoy. La visión del socialismo publicitada por no pocos socialistas de nuestros días tiene cada vez menos de social, con lo que se vuelve poco menos que superflua y no es alternativa al capitalismo.

Pero, a diferencia del Cristianismo, nadie prometió a la universidad, a la Ilustración ni al socialismo asistencia hasta el fin de los siglos, cosa que en los últimos veinte nadie negará que se ha venido cumpliendo.

Estos casos tienen en común el convertirse primero en planteamientos minoritarios y después tal vez pasar a contraculturas, como quizá ya lo sean las Artes Liberales hoy. Para 2050, el Cristianismo será minoritario en Inglaterra.

Pero el postcristianismo tampoco fue una fiesta

Todo regulado, todos sospechosos, todos controlados a toda hora por el *massive screening* de este estado cada vez menos lejos del totalitarismo... La Constitución Española no ofrece base alguna para ello, pero, en los hechos, si yo todavía puedo educar a mis hijos es sólo por condescendencia del Estado, y por eso no puedo decidir su educación. Similarmente, yo poseo mi dinero sólo mientras el estado no me lo reclame, por eso el Ministerio de Hacienda sube los impuestos a voluntad, como si no hubiera Constitución. ¿Y la libertad? Nadie lo dirá, pero en la práctica, Los Que Mandan en España (y tal vez también en Europa, al menos respecto de los países rescatados) parecen profesar la idea kelseniana de que pertenece al “poder jurídico del estado el vincular de tal modo al hombre, que no le quede una partícula de libertad.”³⁴

Ahora bien, ¿no se nos decía, ya desde Dostoievski, que si Dios no existiese todo iba a estar permitido? ¿Querían los progresistas una sociedad cuya lógi-

³⁴ Hans KELSEN, *Teoría General del Estado*. México, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 179.

ca no fuese la religión (aunque, al menos desde la revolución jurídica medieval, era más bien el universo ordenado por el derecho)? Dejaremos ahora sin aclarar qué es “progresista” hoy: si es capitalismo más homosexualidad o eutanasia, ya lo conocía Hitler. ¿Querían una sociedad así? Ya la tienen, y su lógica es la depredadora economía financiera globalizada y la ciencia experimental sin norte.

Jefferson decía que si el gobierno teme a la gente, hay libertad; si la gente teme al gobierno, tiranía. Temer, en principio, parece malo; ya no somos *God fearing*, felicitémonos. Pero en realidad, hay menos discusión política que hacia 1970; estamos más asustados y controlados que bajo el último franquismo; vivimos bajo un *government by fear*, aunque *sui generis*, pues no tememos que nos maten: tememos a los impuestos, a las desproporcionadas multas (prohibidas en la enmienda VIII americana), a la pérdida del trabajo, a la implacable banca, a los orwellianos helicópteros de control del tráfico y, últimamente (y esto es particularmente ominoso) también a la policía, cada día más blindada legalmente, así como al nuevo y anticonstitucional derecho penal. Y como el gobernante no teme a Dios, nada que no sean las próximas elecciones (descontados los grandes poderes transnacionales) lo frena. Ergo, aunque sólo fuera por pragmatismo, nos convendría que si Los Que Mandan no nos temen a nosotros, temieran un poco a Dios, como los antiguos reyes absolutistas.

Según Minogue, “es una regla de la vida casi universal que el desuso de un principio ordenador de la sociedad necesariamente pide otro principio compensatorio que cumpla una función similar”,³⁵ así que la pérdida de respeto a padres, maestros o jerarquías sociales naturales (los *elders and betters* de los anglosajones) se ha traducido en un mayor respeto al estado. Aventuremos un paralelismo: el *timor Domini* ha dejado paso al *timor status*; como si el total de temor circulante en la sociedad no disminuyera sustancialmente. Algo semejante sucede con la credulidad. Como mostró D. Negro, a pesar de las apariencias vivimos en una sociedad crédula. No cree en la religión, u otras cosas, pero cree a los gobernantes y a los científicos, aunque tal vez dentro de no mucho digan otra cosa. Unos pocos meses, o años, de campaña inteligente e insistente bastan para que la gente crea lo que nunca ha creído acerca de cualquier tema, no importa cuán profundo o vital sea o cuán arraigado estuviera; desde la obesidad al tabaco, desde la familia al modelo económico. Pocas veces —ni siquiera en las dictaduras no totalitarias—, ha sido la opinión pública tan maleable, y España ofrece últimamente un buen ejemplo.

¿Queríamos una sociedad postcristiana? Ya la tenemos: ni el catolicismo ni su doctrina social influyen gran cosa; pero los hombres somos números, quizá descartables; la austeridad nos depaupera por millones; la indiferencia se globaliza; la falta de caridad y solidaridad penetra en nuestros estudiantes en forma de competitividad. Ya no falta quien, como en el calvinismo, culpa a los desfavorecidos de su mala suerte. Se acepta trabajar sin horario por salarios

³⁵ *The Servile Mind*, p. 100.

muy bajos que impiden formar una familia; nadie “clama al Cielo”; nadie enarbolaba “Do not tread on me”, como los independentistas americanos.

¿Qué barreras morales frenarán la corrupción? La nueva ética civil como adhesión racional a reglas procedimentales convenidas y moralmente neutras, o la moral autónoma *more kantiano* universal y abstracta, fabricada por el pueblo (más bien por gobiernos o burócratas transnacionales que no responden ante demos alguno), no ha aguantado el primer asalto. En 2014 se aprueba en Bélgica la eutanasia infantil en ciertos casos, con revuelo ciudadano sólo relativo. En 2015 se aprueba en Gran Bretaña la triple paternidad. Uno se pregunta qué será lo siguiente. En la comunidad autónoma de Galicia, la tradicional elaboración casera de aguardiente acarrea mayor sanción que abortar, lo que, por mucho que nos lo expliquen –y explicaciones no faltarán–, sugiere que en las clases políticas no debe de quedar mucho sentido no ya de la justicia sino de la proporción.

¿Cómo entender las descomedidas reacciones de algunos jóvenes musulmanes europeos que abrazan la vía terrorista? Es siempre difícil emitir un juicio sobre lo que está sucediendo ahora mismo, pero véase alguna pista:

¿En qué creen las sociedades occidentales en la actualidad? En el derecho a perseguir el poder, el dinero y la felicidad. En la ilimitada libertad sexual, [...]. Libertad para los niños del control de los padres, sin cachetes y ni siquiera gritos de los padres [...que] pueden terminar en los tribunales como presunto ‘abuso emocional’. Los maestros son impotentes para controlar a los descarriados adolescentes[...]. El 50% de los nuevos matrimonios termina en divorcio antes de cinco años. [...]. Drogas, pedofilia, embarazos de adolescentes, suicidios de adolescentes, abandono por los profesionales de la medicina de los cuidados paliativos y creciente envío de los ancianos a residencias por unos hijos que no quieren tener que ver con ellos; todos estos y otros signos de desintegración de la civilización estimulan a los jóvenes musulmanes disgustados a asumir posturas fundamentalistas letales. La post-Guerra Fría, en las sociedades occidentales es una era de autodestrucción cultural. Es más fatal que el cambio climático, pues está cambiando las reglas de la conducta humana. Está creando una nueva y terrible inhumanidad.³⁶

Demasiado pesimista, sin duda, pero la sensación de seria crisis en Europa la tiene hoy cualquiera, tirio o troyano. Sin dificultad pueden detectarse algunos síntomas de autodestrucción cultural, cambio de las reglas de juego de la persona e inhumanidad. El general vaciamiento de significado, la pérdida del orden del mundo y el miedo al futuro están ahí, y ningún gobierno podría reponerlos por decreto. Tampoco hay ese peligro, pues ellos han sido destacados modificadores de las reglas humanas, por ejemplo, al suprimir el matrimonio heterosexual, o al normalizar los vientres de alquiler, tratando de facto al futuro

³⁶ Frank FUREDÍ, “25 Years after the Berlin Wall fell, a Culture Wall has replaced it”, en *Spiked*, 10 Nov. 2014; comentario de un lector llamado Gerbarnes.

niño como una *res intra commercium*. Es interesante el caso de Galicia, cuyo gris gobierno de derechas, aunque antipatriota y antisocial, abraza la ideología de género, demostrando así con los hechos a la izquierda (de nuevo: si realmente sigue existiendo) que abandonando la lucha social por la relativista-identitaria-bioideológica, no amenaza al capitalismo, además de segar la hierba bajo sus propios pies, como señalamos.

Final no demasiado infeliz

Ahora bien, aunque haya ocurrido eso al socialismo, que es una ideología política –y emparentada con lo aquí criticado–, ¿tenía que ocurrirle al cristianismo? ¿Por qué aceptar la visión deshumana, poco natural, sin futuro, poco constitucional y hasta sin futuro, de la corrección política actual? Pues el catolicismo profesa tener quien mire por él, en todo ve un sentido y, por último, espera un final feliz. Tolkien, en *Árbol y Hoja* (1947) pensaba en una “eucatástrofe”. En el mismo ensayo, Tolkien decía también:

Dear Sir, [...] – Although now long estranged,
Man is not wholly lost nor wholly changed.
Dis-graced he may be, yet is not de-throned,
and keeps the rags of lordship he once owned.

Después de todo, que sigan nuestros estudiantes y la gente de la calle siendo tan normales, a veces incluso tan buenos, como se vio en el descarrilamiento de Angrois en 2013,³⁷ prueba lo bien hecha que está la naturaleza humana (*ergo*, no ha debido de diseñarla un cualquiera). Al menos en mi aldea, uno no tiene que vivir con la espalda contra la pared, en guardia contra el lobo hobbesiano. La gente no es mala (aunque tampoco somos ángeles, sino que, como bien sabemos aquí, “depende”). Somos mucho mejores que los gobiernos que soportamos, que no reflejan la sociedad sino el sistema electoral y la partitocracia. Con la adversidad, más de uno está dando lo mejor de sí mismo, y Caritas multiplica sus actuaciones.

¿Y si un día somos una contracultura? Cuando llegue el momento –si llega–, malo será que no sobrevivamos, mientras que España, su estado y su antropología bien pueden no sobrevivir, o hacerlo en un estado lastimoso.³⁸ Sólo falta que el catolicismo español se dé cuenta de que siempre será una molestia

³⁷ El 24 de julio de 2013 un moderno tren de alta velocidad descarriló en Angrois, pequeña parroquia cerca de Santiago de Compostela, ocasionando 79 muertos y 140 heridos; uno de los peores accidentes ferroviarios españoles. La espontánea reacción de los vecinos, ayudando inmediatamente a los damnificados con todo lo que podían, causó general admiración y mereció algunos premios y distinciones.

³⁸ Los expertos señalan que cuando pase la crisis financiera, que ya dura siete años, el desempleo estructural, permanente, oscilará en España entre el 15 y el 18 por cien. ¿No es eso un estado incapaz y parcialmente fallido?

para el estado, y por cierto que en eso vendría a coincidir en parte con el verdadero constitucionalismo, que frena al poder, a todo poder, incluso legítimo. Falta que se distancie de la corrección política, el capitalismo y España; que hable de lo suyo, de aquello en que nadie le puede sustituir; critique lo que tenga que criticar, no esconda su antropología, salga del *ghetto* en el que se ha autodesactivado..., y deje a los laicos decir si España es una, diecisiete o ninguna. Falta también que en las iglesias se formulen las grandes cuestiones, aunque hoy hacer eso sea casi mala educación, y reciban respuestas proporcionadas.

Las nuevas tendencias evangelizadoras, de Juan Pablo II en adelante, no parece que vayan a apoyarse en 'religiones nacionales' officiosas u oficiales; menos aún en "complementos culturales" políticamente correctos.

Pasará esta época; pasará el capitalismo financiero global; cada día tendrá su afán; España quizá haya terminado su ciclo (¿por voluntad propia, como los afrancesados en 1808?); el Estado tiene sus días contados. ¿Y el catolicismo? De momento, nadie ha podido contar sus días. Es más: ni la religiosidad humana en general ni el cristianismo en particular parecen moribundos.³⁹

Por tanto, ni la conclusión es muy pesimista, ni todo es para mal. Simplemente, quizá es que esta nueva versión de catolicismo nacional-constitucional no da más de sí.

Lamentablemente, aquí ha sido imposible recoger más matices: las opiniones de otros obispos relevantes en la opinión pública; la vitalidad y diversidad de las iniciativas de tantos católicos, laicos o no. Se detecta también últimamente que los católicos españoles están alejándose de algunas políticas moralmente indefendibles de Los Que Mandan. Y es precisamente todo eso, junto con la naturaleza humana y el poso moral cristiano, lo que contribuye a este moderado optimismo final; precisamente eso explica que aun partiendo de lo negativo, lleguemos a conclusiones razonablemente positivas.

³⁹ John MICKLETHWAITH y Adrian WOOLDRIDGE, *God is Back*. Londres, 2010.